Gonzalo Celorio

Del esplendor de la lengua española

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

editorialuah

Índice

Prólogo 13

Artemio de Valle-Arizpe
Relator de las peripecias de fray Servando Teresa de Mier 17

Alfonso Reyes
Letras de la Nueva España 31

Dulce María Loynaz
Una académica solitaria 51

De Bernardo de Balbuena a Salvador Novo
Ocasiones de contento 57

Edmundo O'Gorman
Historia y literatura 71

Andrés Henestrosa,
presente en su centenario 81

José Luis Martínez
Curador de la literatura mexicana 85

Eulalio Ferrer
Quijote del Nuevo Mundo 93

Augusto Monterroso
y la fábula del académico y el pescadero 99

José Rogelio Álvarez
El enciclopedista mexicano y la Tertulia del Convento 103

Antonio Alatorre y Carlos Prieto
Entre la palabra y la música 115

Rubén Bonifaz Nuño
La salvación por la poesía 123

Margit Frenk
Noventa años 127

Carlos Fuentes
Epígono y precursor 139

Hugo Gutiérrez Vega
La devoción por Ramón López Velarde 153

José G. Moreno de Alba
In memoriam 163

Miguel Ángel Granados Chapa
Del fuero interno a la plaza pública 175

Roger Bartra
El salvaje en el espejo, *una obra clásica* 183

Rosa Beltrán
Valoración retroactiva y prospectiva de la obra de Nellie Campobello 189

Víctor García de la Concha
El tercer retorno de las carabelas 197

La gramática que somos 203

Prólogo

«Limpia, fija y da esplendor» reza el lema de la Real Academia Española. Así lo heredó, en su primigenio estado de institución correspondiente de aquélla, la Academia Mexicana que, por ser la academia por antonomasia de nuestro país cuando se estableció en 1875, no hubo de requerir en su nombre la especificidad de su labor primordial —la lengua— que de un tiempo a esta parte ostenta. El lema se corresponde puntualmente con el espíritu canónico, prescriptivo e ilustrado propio del siglo XVIII, cuando se fundó la institución española. Hay quien dice de él, en son de broma, que más se antoja hoy día anuncio de algún detergente que lema de una corporación solemne, grave y sentenciosa, como suelen ser calificadas tanto la Real Academia Española como las demás academias hermanas de Hispanoamérica, Filipinas, Estados Unidos y, de muy reciente establecimiento, Guinea Ecuatorial.

Creo, por mi parte, que la labor actual de las 23 academias de la lengua española no es tanto la de limpiar y fijar la lengua, sino la de registrar las diferentes maneras en que la usan *normalmente* sus únicos y verdaderos dueños —los hablantes— y consignarlas, de acuerdo a ciertos criterios de ejemplaridad, en sus obras fundamentales —la gramática, el diccionario, la ortografía—, donde adquieren el carácter *normativo* que los propios hablantes les reconocen e incluso les solicitan. Pero el esplendor —el

lustre, la nobleza, el auge, el apogeo, según define esa palabra el *Diccionario de la lengua española*— lo dan, con sus obras y con su amor a la palabra, quienes forman parte de esas corporaciones.

En este volumen he reunido una veintena de textos referidos a la persona y a la obra de muy ilustres académicos, casi todos mexicanos: los cronistas de la Ciudad de México Artemio de Valle-Arizpe y Salvador Novo; el polígrafo regiomontano Alfonso Reyes; los novelistas Carlos Fuentes y Rosa Beltrán; el historiador Edmundo O'Gorman; el enciclopedista José Rogelio Álvarez; el escritor de origen zapoteco Andrés Henestrosa; los filólogos José Luis Martínez, Antonio Alatorre y Margit Frenk; los poetas Rubén Bonifaz Nuño y Hugo Gutiérrez Vega; el músico Carlos Prieto; el lingüista José G. Moreno de Alba; el analista político y periodista Miguel Ángel Granados Chapa y el antropólogo Roger Bartra. Incorporé también a un académico proveniente del exilio español republicano, Eulalio Ferrer, quien adoptó México como su país de destino y residencia y en el que realizó su obra, dedicada fundamentalmente a la *comunicología*, término acuñado por él. Y a otro exiliado, guatemalteco nacido en Honduras y transterrado y florecido en México, Augusto Monterroso, quien, sin ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, mucho gustaba de una fábula relacionada con un académico colombiano que se había tomado muy en serio, en beneficio de la brevedad, la primera consigna —la de limpiar— del lema de la institución. No pude evitar incluir a Dulce María Loynaz, quien dirigió la Academia Cubana de la Lengua en las condiciones asaz difíciles que vivió la institución tras el triunfo de la Revolución en 1959. No fue mexicana ni vivió en México, pero la sumo a este elenco no sólo por su valía literaria y académica, sino por mi propio gusto, pues algo tengo yo de cubano y soy miembro correspondiente en México de la academia de aquel país. También dedico un texto a Víctor García de la Concha, quien impulsó, como director de

la Real Academia Española y presidente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, las grandes obras panhispánicas, que en mi opinión constituyen, tras el modernismo y el *boom* de la novela hispanoamericana, el tercer retorno de las carabelas. La mayor de esas obras es la *Nueva gramática de la lengua española*, a cuya publicación me refiero en el artículo con el que cierro este volumen.

El común denominador de estos ensayos es que fueron leídos en el ámbito académico: unos en sesiones públicas solemnes, ya luctuosas en recordación de algún académico fallecido, como José G. Moreno de Alba o Hugo Gutiérrez Vega —lo que explica el carácter elegíaco de algunos de ellos—, ya festivas, como el cumpleaños centenario de Andrés Henestrosa o la investidura como doctor *honoris causa* de Víctor García de la Concha en el paraninfo de la Universidad de Guadalajara; otros, en sesiones ordinarias, cuyos primeros destinatarios fueron los propios colegas académicos, si bien después se recogieron en las *Memorias* de la corporación; otros más, como presentaciones de libros o como ponencias en los congresos de la lengua española que se celebran periódicamente en diferentes países del orbe hispanoparlante. Los dedicados a *Letras de la Nueva España* de Alfonso Reyes y a *La región más transparente* de Carlos Fuentes fungieron como prólogos a las ediciones académicas que de tales obras hicieron el Fondo de Cultura Económica y la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey en el primer caso, y la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española en el segundo.

Pero la verdadera unidad de este libro, si la tiene, es la de mi admiración, mi reconocimiento y mi respeto a quienes, desde la literatura —la novela, la poesía, la crónica, el ensayo, el artículo periodístico—, la lingüística, la filología, la dialectología, la historia, la mercadotecnia, la antropología, le han dado a nuestra lengua el esplendor que le da título a este libro.